

LIBRO VEINTE.



La consagracion.

Retardo que sufre la expedicion de Inglaterra.—Causas y ventajas de este retardo.—Redóblase la actividad en los preparativos.—Medios de hacienda.—Presupuesto de los años XI, XII y XIII.—Creacion de las contribuciones indirectas.—Antigua teoría del impuesto único sobre la propiedad territorial.—Rechúsala Napoleon y adopta un impuesto sobre los consumos.—Primera organizacion de la administracion de los derechos reunidos.—La España paga su subsidio en libramientos á plazo.—Presentase una asociacion de hacendistas para hacer los descuentos.—Primeras operaciones de la compañía llamada de los negociantes reunidos.—Conságranse todos los recursos disponibles á las escuadras de Brest, de Rochefort y de Tolon.—Prepara Napoleon el arribo de una escuadra francesa á la Mancha, con objeto de llevar á efecto el paso de la escuadrilla.—Primera combinacion en que se detiene.—Dase al almirante Latouche-Treville el encargo de poner por obra esta combinacion.—Dicho almirante debe salir de Tolon, enganar á los ingleses dando un rodeo falso, y aparecer en la Mancha, rehaciendo en el tránsito la escuadra de Rochefort.—Proyéctase el desembarco para los meses de julio y agosto, antes de la ceremonia de la coronacion.—Los ministros de las córtes en paz á la sazón con la Francia, ponen en manos de Napoleon sus credenciales.—El embajador de Austria es el único que lo retarda.—Partida de Napoleon para Boloña.—Inspeccion general de los buques de la escuadrilla, uno por uno.—La escuadrilla bátava.—Gran funcion á bordo del Océano y distribucion de las decoraciones de la Legion de Honor en el ejército.—Continuacion de los sucesos en Inglaterra.—Estraordinaria agitacion de los ánimos.—Caida del ministerio Addington por la coaliccion de MM. Fox y Pitt.—Vuelta de Mr. Pitt al ministerio y sus

primeros pasos para renovar una coaliccion en el continente.—Sospechas de Napoleon.—Obliga al Austria á que se esplique exigiendo que las credenciales de Mr. de Cobentzel se le remitan á Aix-la-Chapelle.—Rompe las relaciones diplomáticas con la Rusia dejando salir á Mr. de Oubril.—Muerte del almirante, Latouche-Treville y aplazamiento del desembarco para el invierno.—El almirante Villeneuve reemplaza al difunto Latouche-Treville.—Carácter del almirante Villeneuve.—Viage de Napoleon á las orillas del Rhin.—Grande afluencia en Aix-la-Chapelle.—Mr. de Cobentzel envia á este punto sus credenciales para Napoleon.—La corte imperial se traslada á Maguncia.—Regreso á Paris.—Preparativos para la consagracion.—Difícil negociacion para conseguir de Pio VII que vaya á consagrar á Napoleon.—El cardenal Fesch embajador.—Carácter y proceder de este personage.—Temores que despierta en Pio VII la idea de pasar á Francia.—Consulta una congregacion de cardenales.—Pronúncianse cinco en contra de su viage y quince en pro; pero bajo ciertas condiciones.—Largo debate sobre estas condiciones.—Consentimiento definitivo.—Queda en suspenso la cuestion del ceremonial.—El obispo Bernier y el archicanciller Cambaceres eligen en el pontifical romano y en el pontifical francés las ceremonias compatibles con el espíritu del siglo.—Napoleon se niega á dejarse coronar.—Pretensiones de familia.—Sale el papa para Francia.—Su viage.—Su llegada á Fontainebleau.—Su alegría y confianza al ver la acogida que le hicieron.—Casamiento religioso de Josefina y Napoleon.—Ceremonia de la consagracion.

La conspiracion de Jorge, el proceso que tuvo por consecuencia, y el cambio que produjo en la forma de gobierno, ocuparon todo el invierno de 1803 á 1804 y suspendieron la gran empresa de Napoleon contra la Inglaterra. Pero no habia cesado él de pensar en ella y en este momento preparaba su ejecucion para mediados del verano de 1804 con doble celo y actividad. Por lo demas, esta dilacion no era de modo alguno sensible porque en medio de su impaciencia por llevar á cabo tan vasto proyecto, Napoleon habia exagerado demasiado la posibilidad de alistarse para últimos de 1803. Las continuas pruebas que se hacian en Boloña, exigian diariamente que se

tomasen nuevas precauciones, que se introdujesen nuevas mejoras, pues importaba poco aguardar seis meses mas si se adquiria en este tiempo el medio de descargar un mas seguro golpe. No era seguramente el ejército el que ocasionaba esta pérdida de tiempo, porque en aquella época el ejército estaba á toda hora disponible; eran sí, la escuadrilla y las escuadras, pues aunque la construccion de los barcos chatos, y su reunion en los cuatro puertos de la Mancha estaba terminada, no habia llegado aun la escuadrilla bá-tava, ni las escuadras de Brest y de Tolon, cuya concurrencia se habia juzgado indispensable para la empresa, estaban todavia listas, por no haber bastado ocho meses para su completo armamento y así hubo que consagrar el invierno de 1804 para completarlo. El tiempo, que al parecer se habia perdido, se utilizó sin embargo en gran manera, pues en él se crearon los medios de hacienda, que siendo siempre casi inseparables de los medios militares, lo eran en esta ocasion mas que nunca; porque en efecto, si valiéndose de la mas estudiada industria y esponiéndose á grandes inconvenientes se logra hacer la guerra de tierra con poco dinero, viviendo en medio del enemigo, la guerra marítima no podria hacerse sin dinero, pues la inmensidad del Océano no proporciona otra cosa que lo que se saca consigo de los puertos. Los medios de hacienda no eran, pues, la parte menos importante de los inmensos preparativos de Napoleon y por lo mismo merecen que nos ocupemos de ello un instante.

Hemos dicho con que recursos se habia da-

do principio á la lucha despues del rompimiento de la paz de Amiens. El presupuesto del año XI (1803) votado en medio de la incertidumbre que presentaba el porvenir de los acontecimientos, se fijó en 589.000,000 (esceptuando los gastos de percepcion), esto es, en 89.000,000 mas que el presupuesto del año anterior que habia sido de 500.000,000. Pero el desembolso habia escedido naturalmente de la primera cantidad admitida por el Cuerpo legislativo en 30.000,000 es decir, que habia subido á 619.000,000, escesos á la verdad no muy considerables si se tiene presente el coste de los preparativos para una expedicion como la de Boloña. La moderacion en el aumento de presupuesto se esplica por la época que mediaba entre las operaciones. Las operaciones del año XI acabaron el 21 de setiembre de 1803 y en el mismo dia empezaron las del año XII; por consiguiente los principales gastos de la escuadrilla no se podian comprender en el presupuesto del año XI. De este modo se habia logrado fijar la cantidad de 619 000,000, que con los gastos de percepcion ascendia á 740 ó 720.000,000. El presupuesto del año XII debia subir mucho mas, por que le correspondia pagar todo lo que no habia satisfecho el año XI. Habiase atendido á las necesidades de este último con las contribuciones ordinarias, cuyo producto, á pesar de la guerra habia seguido subiendo mucho, gracias á las seguridades que presentaba el prudente y vigoroso gobierno que á la sazón regia los destinos de la Francia. El sello y el registro habian dado 40,000,000 de aumento, las aduanas 6 ó 7; y á pesar de un alivio de 40.000,000 sobre la contribucion

de inmuebles, los impuestos ordinarios habian subido á 573.000,000; y el resto se habia completado con los 22.000,000 del subsidio italiano y con 24.000,000 tomados de los recursos extraordinarios, que, como hemos dicho, se componian del subsidio español, fijado en 4.000,000 al mes, y del precio de la Luisiana cedida á los americanos. Estos recursos, desmembrados apenas, quedaban casi enteros para el año XII, lo cual era muy bueno, porque todos los gastos de la guerra iban á gravar á un tiempo sobre este año (desde setiembre de 1803 á setiembre de 1804).

El consumo del año XII no podia valuar-se en menos de 700.000,000 en vez de 619; y esto, con los gastos de percepcion y algunos céntimos adicionales que habian quedado fuera, componia un total de 800.000,000. Sin embargo en este total no estaba comprendida la nueva lista civil; por todo lo cual se vé que los presupuestos marchaban con rapidez hácia el número á que han llegado despues.

Debíase preveer cierta disminucion en la renta de las propiedades, á consecuencia de la venta de los bienes nacionales y de las dotaciones inmobiliarias concedidas al Senado, á la Legion de Honor y á la caja de amortizacion. Las contribuciones ordinarias, no debian exceder de 560.000,000 salvo los aumentos de productos, que eran probables, pero que, por un exceso de exactitud no se querian comprender en la cuenta corriente, por consiguiente no se necesitaban mas que 440.000,000 de medios extraordinarios para llegar á los 700.000,000, cantidad á que se habia supuesto alcanzaria el consumo, fuera de los gastos de

percepcion y algunos céntimos adicionales. Con este objeto la Italia daba 22.000,000 para los tres estados en que el ejército francés hacia un servicio de proteccion, y con esto y con 48.000,000 del subsidio español, y los 60.000,000 del subsidio americano, reducidos á 32 por los gastos de la negociacion, se podia contar con 122.000,000 de recursos extraordinarios; no quedando ya mas que 20.000,000 que buscar, los cuales podian proporcionarse con el recurso de las fianzas, empleado ya anteriormente. Habianse ya exigido fianzas en dinero de parte de los recaudadores generales, pagadores, recaudadores de registros y de aduanas etc. etc. Estas fianzas se habian depositado en la caja de amortizacion que era deudora de ellas á los depositadores. La caja á su vez las habia entregado al gobierno que habia prometido reembolsárselas mas adelante á razon de 5,000,000 al año; lo cual era una especie de empréstito sobre los créditos, tanto mas legitimo, cuanto que estos debian al estado una garantia de su buena administracion. Este empréstito era susceptible de estension, porque quedaban todavia varios créditos que someter á la regla comun. Existia efectivamente una nueva categoria de recaudadores de las rentas públicas, cuya existencia era necesario regularizar, y eran los recaudadores de las contribuciones directas. Hasta entonces, en vez de recaudadores nombrados por el estado en los pueblos y ciudades, para cobrar los impuestos directos, habia habido arrendatarios á los cuales se adjudicaba la recepcion con la correspondiente rebaja. Este sistema se habia variado en las grandes ciudades, donde se establecieron recau-

dadores fijos y nombrados por el tesoro, mediante una módica disminución, y como este nuevo método dió buenos resultados, se propuso para el año de 1804, establecer en todos los consejos urbanos ó rurales, recaudadores nombrados por el gobierno, imponiéndoles una fianza evaluada en su totalidad en 20.000,000, cuya suma depositada en el tesoro, debía restituirse sucesivamente á la caja de amortización como se había estipulado para las fianzas anteriores.

A este medio se añadió la venta de algunos bienes nacionales, tomados de las cantidades que habían quedado disponibles desde que se proveyó á las dotaciones del Senado, de la Legion de Honor, de la Instrucción pública y de la Caja de Amortización, lo cual proporcionaba un nuevo recurso de 15.000,000 de aumento para el año XII, sobre la cantidad que se había juzgado necesaria. Estos bienes se entregaban á la caja de amortización, que los vendía poco á poco, y mejor de día en día, y habiase convenido en que se le dejarían los productos para satisfacer los 5.000,000 que debía percibir todos los años para el reembolso de las fianzas.

Tales fueron los medios de hacienda creados para el año XII: 560.000,000 de contribuciones ordinarias, 220.000,000 del subsidio italiano, 48.000,000 del subsidio español, 52 del precio de la Luisiana, 20 de las fianzas, mas algunos millones en bienes nacionales, cuyo total escedía de los 700.000,000 que se habían creído necesarios para dicho año (Desde setiembre de 1803 hasta el mismo mes de 1804).

Pero acerca base ya el fin del año XII pues ya

se había entrado en el verano de 1804; por consiguiente era menester pensar en el año XIII (setiembre de 1804 á setiembre de 1805) que iba á verse privado de un fondo considerable, cual era el subsidio americano, consagrado enteramente al año XII, y era preciso tratar de proveerlo inmediatamente.

Napoleon estaba convencido hacia mucho tiempo de que la revolucion si bien había creado grandes recursos por la igualdad del impuesto, había tambien causado muchos perjuicios á la propiedad territorial haciendo que recayese sobre esta sola todo el peso de las cargas públicas, con la supresion de las contribuciones directas. Lo que había hecho la revolucion es muy comun en tiempos turbulentos. En los primeros momentos de desórden, el pueblo, sobre todo el de las ciudades, se había negado á pagar la contribucion impuesta sobre los consumos, y particularmente sobre las bebidas que constituyen el principal de sus goces. Esto sucedió en 1780, cuando los impuestos de este género no pudieron ser cobrados durante seis ú ocho meses: cuando en 1815 se valieron los Borbones de esta supresion, que fué una promesa engañadora, para hacerse aplaudir por un momento; y cuando en 1789, en fin, los primeros movimientos populares se dirigieron contra las barreras. Pero estos impuestos, los mas aborrecidos de los habitantes de las ciudades, son sin embargo, los que caracterizan á los países verdaderamente prósperos, que recaen en realidad mas sobre el rico que sobre el pobre, y que vejan menos que los demas la produccion, al paso que la contribucion territorial, roba los capitales



á la agricultura, es decir, los animales y los pastos, y empobrece el suelo, atacando de este modo los mas abundantes manantiales de la riqueza. En el siglo XVIII se formó un presupuesto, que, fuerza es conocerlo, se apoyaba en un fundamento incontestable. Concentrada la propiedad territorial en manos de la aristocracia y del clero, apreciada con desigualdad, segun la calidad de sus poseedores, era un objeto de odio por parte de los espiritus generosos, que deseaban mejorar la suerte de las clases pobres. En esta época fue cuando se pensó en la teoria del impuesto único, que gravitase esclusivamente sobre la tierra, y que subviniese á todos los gastos del estado. Por este medio se habrian podido suprimir los socorros y las gabelas, contribuciones que pesaban en la apariencia, solo sobre el pueblo. Esta teoria sin embargo, generosa en la intencion y falsa en la práctica, debia ser derribada por la esperiencia. Divididos los terrenos desde 1789, entre cien manos distintas, agravados con iguales cargas, no merecian la animadversion con que se les habia mirado en otro tiempo, y era necesario considerarlos como el interés principal de la agricultura. Debia tenerse en cuenta, que recargándoles mas de lo justo, se agobiaba á los labradores, privándoles de los medios de cultivo, en provecho de los mercaderes y de los consumidores de bebidas espirituosas. Debia mirarse tambien que era absolutamente necesario igualar los gastos con los ingresos, si no se queria venir á parar en la creacion del papel moneda y hacer bancarota, y que para nivelar los gastos con los ingresos, se necesitaba variar los manantiales del impuesto para no

agotarlos. Correspondia al hombre que habia restaurado el órden en Francia; que habia sacado las rentas del caos en que se hallaban, y restablecido la percepcion regular de las contribuciones directas, acabar su obra, abriendo el manantial cerrado de las contribuciones indirectas; pero era indispensable para hacer todo esto, una gran autoridad y una grande energia. Napoleon, firme en sus principios, no titubeó, aun en los mismos momentos en que aspiraba al trono, en restablecer bajo el nombre de derechos-reunidos, el mas impopular, pero tambien el mas útil de los impuestos.

Presentó la primera proposicion al Consejo de estado, y la sostuvo con una sagacidad tan extraordinaria, como si las rentas hubiesen sido el estudio de toda su vida. A la teoria del impuesto único que gravita esclusivamente sobre las tierras, que exige de los renteros y de los propietarios la totalidad de la suma necesaria para atender á los gastos del estado, que les obliga á hacer adelantos, aun en la suposicion favorable para ellos de que el precio de los productos agrícolas les indemnice de estos adelantos, á una teoria tan locamente exagerada, opuso Napoleon la teoria sencilla y verdadera del impuesto hábilmente distribuido, que gravita por igual sobre todas las propiedades y sobre todas las industrias; no pidiendo por lo tanto á ninguna de ellas mas que cantidades moderadas, para no dar lugar á movimientos forzados en los valores, y proporcionándose, en fin, la riqueza de todos los manantiales, por donde brota en abundancia, de una manera tal, que no debilite jamas estos raudales de la riqueza pública. Este sistema, fruto del tiempo y de la espe-

riencia, solo es susceptible de una objecion, cual es la de que la variedad del impuesto lleva consigo un diferente método de recaudacion, y por lo pronto un aumento de gastos, pero en cambio de este pequeño aumento, que no debe llamar la atencion, presenta ventajas de suma utilidad. Asi que Napoleón hizo adoptar su nuevo plan por el Consejo de estado, le envió al Cuerpo legislativo, donde no halló oposicion formal, gracias á las conferencias preparatorias entre las secciones respectivas del Tribunado y del Consejo de estado. Las disposiciones aprobadas fueron las siguientes.

Habiase creado para la percepcion un personal con el titulo de administracion de los derechos reunidos. Esta administracion debia recibir las nuevas contribuciones por medio *del egercicio*, que era el único que se habia reconocido eficaz, y que consistia en investigar la existencia de las materias imponibles sobre los sitios en que se recolectaban ó fabricaban. Estas materias eran los vinos, aguardientes, cerveza, sidra, etc., sobre cuya primera venta se imponia un derecho muy moderado, tomando por base un inventario formado en las épocas de la recoleccion ó de la fabricacion; debiéndose satisfacer este derecho desde el momento de la primera salida. Despues de las bebidas, recayó este impuesto principalmente sobre el tabaco, á pesar de que existia ya un derecho de aduana sobre los tabacos estrangeros, y otro derecho de fabricacion sobre los tabacos franceses (aun no eran estos géneros objeto de monopolio); pero los productos de este último derecho no ingresaban en el tesoro por falta de vigilancia. La creacion de una administracion de los derechos

reunidos, proporcionaba la posibilidad de percibir por completo este impuesto, tan reducido á la sazón, pero que debia ser muy considerable. La sal quedó libre de este impuesto, pues se temia despertar la idea de las antiguas gabelas. Establecióse sin embargo en el Piamonte una administracion de sales, que servia á la vez de oficina de policia y de rentas. El Piamonte que tomaba las sales en Génova ó en las bocas del Pó, y experimentaba á veces horribles carestias, por las interesadas especulaciones del comercio, no podia pasarse sin la intervencion del gobierno. Creándose una administracion de la sal, encargada de hacer grandes acopios, y de espendarla á un precio módico, se hacia cesar el temor de que pudiese escasear ó encarecerse, y se procuraba un medio tan seguro como fácil de percibir un impuesto asaz productivo, aunque moderado con arreglo á la tarifa.

Estas diferentes combinaciones no podian dar su resultado en el año XII, año de su creacion; pero debian proporcionar 15 ó 18,000,000 en el año XIII, 30 ó 40 en el XIV, y en los años sucesivos, productos difíciles de valuar, pero que bastarian sin embargo, para atender á todas las necesidades de una guerra por prolongada que fuese. Habianse asegurado, pues, los recursos necesarios para las operaciones del corriente año XII (1803-1804), con los 700,000,000 de los ingresos ordinarios y extraordinarios, y se habian procurado seguros productos para las operaciones sucesivas. Presentábanse en un principio dificultades de alguna consideracion, pues como los dos principales recursos del momento eran el importe de la Luisiana y el subsidio mensual que suministraba España, los

retardos inevitables de las remesas de América habian diferido el ingreso de fondos en el tesoro. La casa de Hope sin embargo, se disponia á librar algunas sumas á fines de 1804. Por lo que respecta á España, de los 44.000,000 que debia en floreal por once meses vencidos, solo habia entregado en distintas partidas unos 22, esto es, la mitad. Las rentas de este desgraciado pais estaban mas empeñadas que nunca, y á pesar de que se habian abierto los mares á los galeones, gracias á la neutralidad en que la Francia le habia dejado, los metales preciosos que llegaban de Méjico, se disipaban de la manera mas lastimosa.

Para suplir á los retrasados ingresos se echó mano del descuento de los valores del tesoro. Los ingleses tenian los bonos del fisco, los franceses poseian en aquella época los bonos reales reembolsables en tres, seis ó doce meses, que negociados en la plaza, formaban un empréstito temporal, con cuyo auxilio se podia atender durante mas ó menos tiempo á la realizacion de las rentas del estado. Aunque Napoleon habia conseguido á fuerza de un trabajo inmenso restablecer las rentas, el tesoro no gozaba aun de suficiente crédito en el comercio para poder emitir con buen éxito un valor cualquiera bajo su propia garantía. Las obligaciones de los recaudadores generales garantizadas por un fiador y reembolsables por la caja de amortizacion en caso de protesta, eran las únicas que tenian crédito. Estaban estas como hemos dicho antes, inseritas al principio de las operaciones, por el total importe de las contribuciones directas y debian satisfacerse por meses sucesivamente; siendo las últi-

mas á quince ó diez y ocho meses fecha. Con el objeto de realizar con anticipacion las rentas del estado, se descontaban en sumas de 20 á 30.000,000 á un medio por ciento al mes (6 por 100 al año); pero á pesar de la confianza que inspiraba el gobierno, era tan pequeña por el contrario, la que inspiraba el tesoro, que los banqueros mas acreditados rehusaron esta clase de operaciones, y solo las hacian los especuladores atrevidos y los antiguos proveedores del Directorio. Queriendo librarse de un concurso Mr. de Marbois, se dirigió á los mismos recaudadores generales, que reunidos en una especie de comité en París, descontaban sus propias obligaciones, ya con fondos suyos, ya con los que se proporcionaban de los capitalistas á un interés exorbitante. Pero estos responsables, limitados en sus especulaciones, no tenian capitales suficientes, ni bastante atrevimiento para facilitar grandes recursos al tesoro. Habia entonces en París un banquero muy ducho en esta clase de negocios, llamado Mr. Desprez; un proveedor muy activo y muy diestro, Mr. Vanlerberghe; y por último, un especulador ingeniosísimo para toda clase de negociaciones, Mr. Ouvrard, célebre á la sazón por su inmensa fortuna. Los tres se relacionaron individualmente con el gobierno; Mr. Desprez para el descuento de las obligaciones del tesoro; Mr. Vanlerberghe para la provision de viveres y Mr. Ouvrard para las grandes operaciones de abastecimientos y de banca; este se asoció con MM. Desprez y Vanlerberghe, se puso al frente de esta asociacion y llegó á ser poco á poco, como lo fué en tiempo del Directorio, el principal agen-

te financiero del gobierno. Supo inspirar confianza á Mr. de Marbois, ministro del tesoro, el cual conociendo su incapacidad, se creía dichoso de tener á su lado hombre de tales recursos y de una inventiva tan fecunda. Mr. Ouvrard ofreció hacerse cargo por su cuenta y la de sus asociados de la negociacion de los valores del tesoro. En germinal del año XII (abril de 1804), hizo la primer contrata, por la que se obligaba á descontar, no solo una suma considerable de obligaciones de los recaudadores generales, sino las mensualidades de España, la que no pudiendo satisfacerlas en metálico, daba pagarés á largas fechas. Mr. Ouvrard no tuvo dificultad alguna en recibir como efectivos estos pagarés de España y entregar su importe. Esta combinación tenia una ventaja particular, porque siendo Mr. Vanlerberghe y él grandes acreedores del estado por suministros anteriores, estaban autorizados al descontar las obligaciones de los recaudadores generales, y de España, para entregar como metálico una parte de sus créditos: por lo cual, haciendo el descuento se pagaban á sí mismos. Empezó esta compañía con el nombre de *Negociantes reunidos*, á apoderarse de los negocios del estado; siendo muy digno de atencion su origen, pues bien pronto tomó parte en inmensas operaciones y llegó á hacer un papel principal en la hacienda. Para que fuese ventajosa la especulacion que hizo con el tesoro, bastaba que la España hiciese honor á su firma, pues las obligaciones de los recaudadores generales ofrecian la mayor seguridad. Estas obligaciones no tenian mas inconveniente que los plazos tan

largos, pues el tesoro empleaba en sus pagos, las que estaban á dos ó tres meses y descontaba las de seis, doce y quince: pero salvo este atraso presentaban una solidez infalible. En cuanto á las tratadas suscritas por España, su valor dependia de la conducta de una corte, desgraciadamente falta de sensatez, y de la llegada de los galeones de Méjico. Mr. Ouvrard fundó sobre esta base los mas vastos planes, logró alucinar el espíritu crédulo de Mr. de Marbois y marchó á Madrid, para realizar sus atrevidas concepciones.

Desconfiando Napoleon de este hombre fecundo pero temerario, advirtió á Mr. de Marbois que estuviese sobre aviso, y desconfiase tambien de él. Mr. Ouvrard hacia el descuento de las obligaciones del tesoro, por medio de Mr. Desprez, él mismo hacia el de las de España y suministraba al ejército por conducto de Mr. Vanlerberghe. Gracias á él, todos los servicios se hacian á la vez, y el mal, si es que le habia, no podia ser grande, porque Mr. Ouvrard, además de otras muchas razones siempre alcanzaba al tesoro y nunca el tesoro á él.

Tales fueron los medios empleados para subvenir á todas las necesidades de la guerra sin tener que echar mano de los empréstitos. Se pidió á los especuladores que hiciesen efectivas por medio del descuento, las rentas del estado y los 122.000.000, facilitados por las naciones aliadas, Italia, América y España. Tocante á lo sucesivo, la creacion de las contribuciones indirectas, anunciadas ya hacia largo tiempo y decretadas últimamente en aquel año, debian bastar para

atender con holgura á todas las necesidades.

Napoleon habia resuelto ejecutar en breve su gran empresa, queria salvar el estrecho hácia el mes de julio ó agosto de 1804, y si los incrédulos que dudaban de su proyecto, pudiesen leer su correspondencia particular con el ministro de marina, y las infinitas órdenes que espidió, así como la participacion secreta de sus esperanzas al archi-canciller Cambaceres, no les quedaria la menor duda acerca de la realidad de aquella extraordinaria resolucion. Todos los buques que componian la flotilla se hallaban reunidos en Etaples, Boloña, Wimereux y Ambleteuse, excepto los que se construyeron entre Brest y Bayona, pues nunca pudo doblar el Ouessant aquel especie de cabotage que debia servir para las reuniones. Como la mayor parte de las construcciones se habian hecho entre Brest y las bocas del Escalda, no era gran cosa lo que faltaba, pues ya se pedian trasportar los ciento veinte mil hombres destinados á las lanchas cañoneras, debiendo embarcarse el resto como ya hemos dicho, en las flotas de Brest y del Texel.

Retardábase la flotilla holandesa construida y reunida en el Escalda, cuyo mando le fué conferido al almirante Verhuell, en quien Napoleon tenia entera confianza. Los holandeses poco activos por lo comun, y que desconfiaban sobre todo de este singular proyecto, se presentaban con suma frialdad. Pero sin embargo, el celo del almirante y las instancias de nuestro ministro en la Haya, Mr. de Semonville, aceleraron los armamentos á que la Holanda se habia comprometido. Una flota de siete navíos delinea, con una infinidad de bu-

ques mercantes, estaba dispuesta para trasportar los veinte y cuatro mil hombres del campo de Utrecht, mandados por el general Marmont; al mismo tiempo que acababa de organizarse en el Escalda una flotilla compuesta de algunos centenares de lanchas cañoneras y grandes barcos pescadores. Restaba únicamente levar anclas y salvar los pasos del Escalda, accesibles mas bien al enemigo que las costas de Francia. El almirante Verhuell que dirigia estos destacamentos, dió algunos brillantes combates entre el Escalda y Ostende, sin mas pérdida que la de cinco ó seis lanchas á lo sumo, pero logró desconcertar los proyectos de los ingleses y convertir la incredulidad en confianza entre los marinos holandeses. Acababa de reunirse en la primavera de 1804 la flotilla holandesa en Ostende, Dunkerque y Calais, estando pronta á embarcar las tropas del mariscal Davout acampadas en Brujas. Napoleon queria mas aun, es decir, que las dos flotillas holandesa y francesa reunidas en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, á saber Ambleteuse, Wimereux, Boloña y Etaples, se situasen al mismo viento, lo cual trataron de efectuar reduciendo el campamento de las tropas y las estaciones de la flotilla.

Los trabajos de armamento en toda la costa de Boloña estaban terminados, así como las fortificaciones y los fondeaderos, y las tropas despues de acabar sus tareas empezaban los ejercicios militares, de modo que adquirieron una disciplina y precision en todas sus maniobras verdaderamente admirables, presentando un ejército no solo aguerrido por numerosas campañas, y endurecido

por rudos trabajos, sino que maniobraba como si hubiera estado muchos años aprendiendo las evoluciones en una pradera. Este ejército, el mejor de cuantos príncipe ó general alguno ha podido mandar, aguardaba con ansia la llegada de su gefe recientemente coronado; ardía en deseos de felicitarle y de seguirle al teatro donde les esperaban nuevas y prodigiosas glorias.

No era menor la impaciencia de Napoleon, pero se había suscitado una gran disputa entre los marinos, sobre si las lanchas cañoneras, *cáscaras de nuez*, como ellos las llamaban, podrian desafiarse á la flota inglesa. Los almirantes Bruix y Verhuell tenían gran confianza en el valor de sus lanchas, pues ambos á dos se habían cañoneado con las fragatas inglesas, se habían hecho á la vela en todos tiempos, y estaban convencidos de que estas ligeras embarcaciones eran muy suficientes para atravesar el estrecho. El almirante Decrés, que gustaba de contradecir á todo el mundo, y al almirante Bruix mejor que á ningun otro, opinaba de distinta manera, y los oficiales de marina que no formaban parte de la flotilla, ora fuese por estar preocupados, ora por esa tendencia general de criticar lo ajeno, apoyaban la opinion de Decrés. El almirante Ganteaume que se trasladó desde Tolon á Brest, fué testigo de una ocurrencia, que exagerada en extremo, le hizo temer bastante por la suerte del ejército y la del emperador, de quien era partidario acérrimo. Una lancha cañonera que zozobró á su vista en la rada de Brest, le causó tanta inquietud que comunicó en el acto esta noticia al ministro de marina. Nada significaba en realidad, aquel accidente, pues no

fué otra cosa sino que la lancha se estió sin precaucion, la artillería estaba mal colocada por hombres que no estaban bastante instruidos, y el peso mal promediado, unido al aturdimiento de la tripulacion, fueron la causa del naufragio.

No eran estos los temores del almirante Decrés, porque la flotilla de Boloña que navegaba hacia dos años aun con los mas furiosos vientos, les tranquilizaba sobre este punto. Hé aquí las objeciones que dirigia al emperador y al almirante Bruix (1). Es cierto, decia, que las balas de á veinte y cuatro disparadas por una lancha ó por un navío de linea, tienen la misma fuerza y que causan los mismos destrozos, y aun mayores lanzadas por una embarcacion frágil, á la que es sumamente difícil asestar bien los tiros. Añádase á esto el fuego de la fusilería temible á cortas distancias, y la ventaja del abordage, y se conocerá la

(1) La correspondencia íntima de Mr. Decrés con el emperador, escrita de su propio puño y letra, existe en los archivos particulares del Louvre, y es uno de los monumentos históricos mas preciosos despues de la del emperador. Hace honor tanto al patriotismo del ministro, como á su criterio, y á la originalidad picante de su ingenio. Encierra grandes ideas sobre la organizacion de la marina en Francia, y debería ser leida con detencion por los marinos y por todos los hombres de gobierno: en ella he estudiado las profundas concepciones del emperador, adquirido una nueva prueba de su extraordinaria prevision, y la certeza de la realizacion de sus proyectos. En una de estas cartas se halla la opinion del almirante Decrés, acerca de la flotilla; opinion entonces mas bien sospechada que conocida, porque Napoleon recomendaba el mayor silencio á todo el mundo, sobre lo bueno ó lo malo de sus planes. Las operaciones no estaban, como lo fueron despues, descritas anticipadamente por la indiscrecion de los agentes encargados de concurrir á ellas.